



## RECUERDOS DE ANTAÑO

Editor: S. Manzano

Dibujante: M. Cano

Encuadernación:

DEDICATORIA: A mi padre, con todo cariño y respeto por los trabajos y desvelos en pro de sus hijos

Severo Manzano

Padre: En el presente librito no pretenda hallar una obra literaria, pero si encontrará Vd. La lealtad que siempre me ha caracterizado, dado mi carácter y mi manera de pensar.

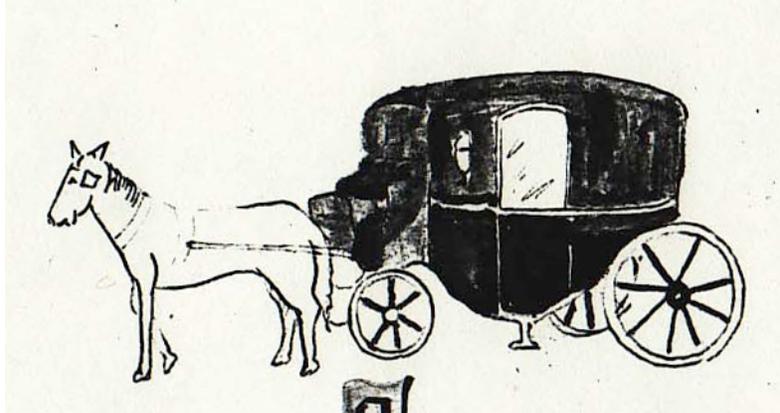
Han pasado los años, y con estos, la experiencia real de los hechos en la vida. Los años transcurridos en el cautiverio, me han servido para conocer de cerca lo que representa: en primer lugar la familia, después un ideal, que como el mío, es humano y acogedor, donde todo ciudadano honrado puede compartir sus tareas para redención del Universo.

Muchas más cosas... muchas de mi vida, podría haberle relatado en este modestísimo trabajo, pero el lugar me ha impedido llevarlo a la práctica; quizá algún día pueda exponerle clara y concretamente lo que, en mi pensamiento permanece inédito.

Pero ante todo, recoja este ofrecimiento con el cariño que su hijo se lo ofrece.

Severo Manzano

-----



Allá en el año 1914 llegó a Castrodeza un coche de los llamados “simones” que hasta hace pocos años se veían aún en algunas capitales de provincias. Ocupábanle un matrimonio joven el cual venía a despedirse de sus hermanos y familiares de donde la esposa era a la sazón, natural. Este viaje tenía por objeto – como digo – la despedida; pues residían en Valladolid capital de la provincia a donde Castrodeza pertenecía, para trasladarse a la pomposa Vizcaya, que, con motivo de la cruenta Guerra Europea crecía por momentos.

El hecho es que jugando con mis primos a la puerta de tía Sergia, llegó mi hermana, quien nos dice que corramos para ver a nuestros tíos. Efectivamente, vemos en nuestra casa un matrimonio joven que nos besuquea y halaga, no parándonos en más detalles, saliendo jubilosos de nuevo a continuar nuestros entretenidos juegos.

Pasan algunos años, los hermanos aumentan, y mi padre hace grandes esfuerzos para sobrellevar tanta carga familiar, dedicándose en la región leonesa al transporte de carbón, con una mulas y un carro. Cada pequeñas temporadas regresa a casa con mucho trabajo realizado, muchas preocupaciones y en lo que toca a ganancias únicamente el valor de una caballería que había dejado el pellejo en la mina o en la carretera, que al final de la jornada no representaba ningún beneficio.

Estos son en síntesis los detalles de preámbulo para después dedicarme de lleno a lo que en realidad ha decidido mi pensamiento.

No quisiera ser demasiado prolijo, pero en alguna clase de narraciones esto es imprescindible puesto que para recoger con exactitud todos los detalles existe la necesidad de repetir hechos que no siendo interesantes son necesarios acoplarlos al relato.

-----

Después de pasar cuatro años del que menciono, mi padre recibe una carta del joven matrimonio fechada en Arija (Burgos); al día desconocida para ellos, a la cual se había trasladado dicha pareja por defectos de salud del marido, en cuyo pueblo florecía desde hacía pocos años una gran fábrica de cristal con el nombre de Cristalería Española.

En esta carta solicitaban mis tíos un sobrino para enviarle a dicho pueblo al objeto de que supliere en su casa la falta de un hijo legítimo.

Como es natural, después de unos días de meditación, deciden enviarme a mí. A los pocos días se organiza el viaje que era en los primeros días de agosto de 1918. El día anterior, en unión de mi padre y hermana fui objeto de las consabidas despedidas familiares para darles el adiós, ignorando la fecha de ingreso. El 3 de este mes y muy de madrugada, según se acostumbra en Castrodeza, salía con dirección a la capital en un carro, en el que íbamos mis padres, mi hermano Desiderio y yo. Era la primera vez que yo llegaba a la capital, y de lo poco que recuerdo fueron las líneas del Ferrocarril de Medina de Rioseco y del tranvía, que están situadas a la entrada de la misma por su región norte. Pasamos el día recorriendo calles, yendo de un lugar a otro y haciendo mi padre algunos encargos en tiendas o almacenes de cereales; que al fin y al cabo eran parte de su negocio. Yo, por mi parte, ¡cómo no! Admiraba todo sin entender nada; y ya muy entrada la noche padre e hijos nos dirigimos a la Estación del Norte, pues mi madre y hermano habían regresado a Castrodeza mediada la tarde, en el mismo carruaje que a todos nos había llevado a mi despedida, la cual fue verdaderamente sentimental cosa natural principalmente por mi madre que ve partir a su hijo a un lugar sin saber el tiempo que tardaría en besarle de nuevo.

A las doce de la noche de este día, tomamos el tren que me debía de trasladar al pueblo donde yo había de iniciar una vida completamente distinta a la que hasta la fecha han llevado el resto de mis queridos hermanos.

Seguramente tuve que dormirme enseguida, pues no recuerdo que todo el trayecto hubiese nada destacado, ya que para mis años – contaba a la sazón ocho – cualquier detalle tenía que haber sido para mí de verdadera importancia; hasta el extremo que no me llamaron la atención los ruidos atronadores de las máquinas, con sus finos silbidos, los choques de unos vagones con otros al hacer maniobras, ni tampoco las voces de los vendedores y tantos y tantos detalles que en una estación de importancia suelen ocurrir.

De esta forma llegamos al amanecer del día 4 al término de la primera etapa. Mataporquera: Estación de trasbordo, con una línea de vía estrecha que nos condujo hasta el punto de destino. Como teníamos que esperar al nuevo tren hasta después de medio día, los dos nos dedicamos a recorrer el pueblo – que vi detenidamente pasados los años -, cuando hacía viajes solo, por mera visita a mi tía y prima. He podido comprobar que es un gran pueblo industrial, con fábricas de ladrillo y cemento. Que le da un movimiento obrero magnífico y abundante.

Efectivamente, a la una y media de la tarde, sale nuestro convoy hacia el punto de destino, y lo que sí observo entonces es que el coche y departamentos son muy inferiores

al anterior. Naturalmente; esta es la Línea de la Robla, línea dedicada por completo al servicio de transportes de carbón de León a Bilbao y que tenía poca preocupación por las comodidades de los ciudadanos, que como tales se merecen. Coches sumamente estrechos que asomándose a la ventanilla se ve perfectamente los rieles; esto me sorprendió y le pregunté a mi padre que para qué está en el suelo ese hierro tan largo y tan grueso, me contesta que es donde el tren va apoyado, pues su no de otra forma, este no podría marchar. Con esta contestación quedo complacido y sigo mirando el hermoso paisaje verde formado por las magníficas praderas de que está regada toda la provincia de Santander. A las tres de la tarde llegamos a Arija, pueblo donde había de encontrar mi cambio de vida, ya que de haber continuado en Castrodeza tenía que haberme dedicado al labrantío o caminar por las carreteras de Castilla la Vieja con un látigo al hombro arreando el típico carro de mulas sin haberme aprovechado de la vida libre en lo que concierne a los trabajos y profesiones tan diferentes existentes en los pueblos de industria y capitales de provincia.

Al salir de la estación preguntamos por el domicilio de Luciano Ruiz; nos dirigimos por una calle que a un lado se ve la puerta de entrada a la fábrica; siguiendo la misma, llamada Gran Vía, forma dos vallas de madera: A su derecha algunos pabellones de la factoría, y a su izquierda por cuatro hermosos Chalets con magníficos jardines donde siempre han residido directores e ingenieros de la compañía. Al final y un poco más a la izquierda, vemos una casita compuesta de piso principal y planta baja propiedad de los que desde ese día iban a ser mis padres.

Somos recibidos por mis tíos Luciano y Marcelina y una jovencita de trece años llamada Luisa, hija de un hermano de mi tío y huérfana de madre, recogida por estos al producirse el fallecimiento de la madre cuando escasamente contaba un año.

Mi tío era un hombre pequeñito y moreno, de nariz aguileña y denotaba ser astuto y vivaracho, de 42 años de edad; mi tía buena estatura, carácter serio y guapetona, cifraba ya los 46, muy bien conservada; mi prima Luisa, que aunque no teníamos parentesco nuestro tratamiento fue este, era espigadita y simpática, pues enseguida nos habíamos de tratar como buenos hermanos. Todos nos recibieron muy bien y todos estábamos contentos. Tenían como negocio barbería y fonda; lo primero en una habitación cuya entrada era la puerta principal de la casa, dando paso a la cocina, para seguir por ésta a las habitaciones superiores; y un desván compuesto de tres cuartos. Por la fachada del poniente había otra entrada, en cuyo interior estaba instalada la cuadra, una pocilga y gallinero donde había una yegua pequeñita y una vaca del país, dos cerdos y algunas gallinas, que entre todo, producían buenos alimentos para la humilde cocina de aquella modesta casa de huéspedes. En el interior de esta cuadra existía una puerta que daba acceso a la misma escalera e interiores de toda la casa; en el techo de este cobijo de animales había una trampa para subir al pajar que servía para depositar leña, carbón, helechos, brezos y trastos viejos, dando luz una gran puerta clásica de pajar. Y por fin, al lado posterior de la edificación que es la parte de poniente, una huerta sembrada de todas las hortalizas que en esa región pueden producirse, con algunos árboles y varios membrillos; el riego se efectuaba en cubos que había que traer el agua desde los

pabellones obreros situados a doscientos metros y enfrente de la que ya podía llamar mi casa.

Mi padre permaneció en nuestra compañía una semana. Durante su estancia yo permanecí tranquilo pero llegó el día de su regreso y con este mi deseo de acompañarle, llorando lo que tuve gana; convenciéndome de la forma que fuese seguí en Arija sin hacer otra cosa que un chico de mi edad podía hacer.

Pasados los primeros treinta días que podíamos llamar de vida contemplativa empecé a jabonar, haciendo mi tío el resto del trabajo. Transcurrido el primer mes de aprendizaje un cliente amigo de mi tío quiere que yo le corte el pelo. En la actualidad considero a este hombre un héroe que se sacrifica en aras del progreso. Me dispongo a ello pero, la inexperiencia total del manejo de los útiles de trabajo sobreentendiendo el martirio de mi pobre víctima que exaltada por el quijotismo de su propia determinación le sabían a caricias; al ver mi fracaso doy muestras de él con abundante llanto que no se calma hasta que los discursos y reflexiones de mi tío y el héroe de este episodio producen en mi la calma, terminando la delicada operación (me refiero al corte de pelo) quien lógicamente tenía que empezar.

En esto llegó el mes de octubre, mi tía me acompaña a casa del maestro de escuelas que días antes había llegado por primera vez a Arija al objeto de posesionarse del cargo que como tal le confirió la dirección de la fábrica. Esta visita tenía por objeto presentarme al maestro para que yo asistiese a clase en unión de los demás chicos por cuya asistencia pagaríamos tres pesetas mensuales. De esta manera da comienzo mi enseñanza cultural, sin abandonar el aprendizaje que cada día es más intenso, acompañando a mi tío en todas las labores de la casa y alternando con mi tía y prima. Entre todos regábamos la huerta arreglábamos los animales cuando no teníamos nada que hacer en nuestro oficio particular. Las dos mujeres atendían la cocina y nosotros la barbería.

Todos los días de 12 a 1 acudíamos Luisa y yo a las escombreras de la fábrica donde autorizan a la recogida del carbón quemado que allí tiraban, hora que paraban los obreros el trabajo para comer, pues así no nos lanzaban estos desperdicios a las numerosas mujeres y chicos que acudíamos. Estas escombreras ardían constantemente, ya que estaban formadas por los sobrantes de los hornos, y que debíamos tener bastantes precauciones pues era fácil una quemadura o una caída peligrosa ya que tenían respetable altura. Los escombros eran transportados por vagonetas de volquete que paulatinamente la vía donde circulaban iba avanzando. Llevábamos para este fin un carretillo de mano, un saco, un cubo o lata y una azadilla; a las doce tocaba el pito de la fábrica anunciando la salida de los obreros para la comida; este toque anunciaba el comienzo de nuestra tarea, se esperaba con impaciencia el sonido para lanzarnos con entusiasmo a nuestra labor, buscando afanosos entre escombros, hierros y brasas de carbón, que para nuestras cocinas tenían el mismo valor calorífico que el mejor producido en la región asturiana; a la una volvía a sonar el pito anunciando el retorno al trabajo para los obreros, y nosotros con verdadera disciplina lo abandonábamos sin guarda, ni persona alguna, que nos dirigiese en nuestra obligación. Regresando a casa con los artefactos mencionados y en el saco 10 o 15 kilos de carbón que para todos los hogares representaba una buena

economía. Luisa me acompañó hasta que tuvo dos o tres años más. Yo continué yendo también hasta los 14 años, pues ya en nuestra casa rendíamos con el trabajo de cada uno más beneficio que el que reportaba la adquisición o bien porque teníamos que atender al comedor o a la barbería respectivamente.

Comenzadas las clases asisto a ellas dando principio al catón pues ya conocía las letras. La escuela era un lugar espacioso y ventilado compuesto de una sola planta muy alta; esta altura desproporcionada era debido a que se empleaba para salón de baile y proyección de películas cinematográficas.

El número de asistentes en esa época sería aproximadamente de cuarenta chicos, que don Ismael Lara nos enseñaba con gran entusiasmo e interés. Transcurridos los años se ha comprobado aquella labor de la cual infinidad de jóvenes han salido prestos para llevar trabajos de oficina con bastante solvencia, y profesiones de metalurgia y delineantes, con ayuda de una Escuela de Trabajo, creada unos años más tarde en el interior de la fábrica, dirigida por maestros competentes. ¡Cómo se demuestra en estos hechos la preocupación y el engrandecimiento de un pueblo! Este deseo lo pone en práctica el queridísimo director de la factoría don Arsenio Brachotte, francés de naturaleza que secundado por ingenieros y jefes de departamentos laboran por el engrandecimiento y prosperidad de Arijá y de su importantísima fábrica.

En el mes de noviembre aparece aquella terrible epidemia de Gripe del año 1918. Epidemia que en toda Europa asoló hogares enteros, huérfanos por doquier y catástrofes humanas enormes.

En Arijá, produjo idénticas calamidades. Los cadáveres eran transportados en carros al cementerio por no haber personas dispuestas para ello evitando así un mayor contagio. La fábrica paralizó casi en su totalidad el funcionamiento, pues aproximadamente afectó al 50% de los empleados.

En mi casa, padecieron de ella mi tío y mi prima; el primero durante ocho días estuvo bastante grave, permaneciendo en convalecencia durante un mes en mal estado; la de Luisa por el contrario, fue benigna y pasó rápidamente.

Durante esa época había en casa ocho o diez trabajadores mecánicos – montadores de Bilbao, que no pasaban más horas fuera de casa que las que empleaban en el trabajo; por cierto que tomaban muchas cantidades de agua de eucaliptos añadiendo buenas porciones de ron o coñac, pues decían que el alcohol era buen elemento para combatir la epidemia. Mi labor consistía únicamente en salir a comprar en la tienda situada al lado de casa, ir al estanco y a la farmacia, que en ésta, no compraba más medicamentos que hojas de eucaliptos, después mi tía las cocía convenientemente y al lado de la estufa en aquellas noches tan largas tomábamos todos reunidos. ¡Cuántas desgracias habidas! ¡Cuántos hogares destrozados! Según decían esta epidemia la provocó la tremenda guerra.

Ahora los conocimientos técnicos avanzadísimos han demostrado que culminaron en la guerra aquellas desgracias por el desconocimiento de medios eficaces.

Ya que hablo de la guerra diré que cuando en Arijá se conoció su final, en los chalets donde residían empleados franceses o belgas, flameaban banderas jubilosas, testimoniando así el triunfo de quien había sabido vencer.

¿Qué podía yo conocer entonces de guerras? Aún así, pregunté el porqué aquellas banderas en día de fiesta.

No faltó quien me dijo su significado que yo no entendí; pero al transcurso de los años y ante la leve experiencia, he llegado a la conclusión de odiar con lo más profundo de mis entrañas estas matanzas de seres inocentes que sirven de baluarte para defender los intereses egoístas de los llamados erróneamente grandes hombres de la Historia.

Todos los domingos los chicos de la escuela íbamos a misa acompañados del maestro. Se celebraba el Santo Oficio en la Capilla construida por cuenta de la fábrica; mas como mis quehaceres enseguida se hicieron imprescindibles en la barbería, yo, con el permiso de don Ismael no acudía a este acto; y cuando ya había cumplido nueve años, en el mes de mayo de 1919 hice la primera comunión en unión de veinte niños y niñas.

Me correspondió ir al altar en compañía de una niña que se llamaba Pepita Callejo, que adornaba su cuerpo infantil con un precioso vestido blanco. Yo por mi parte estrené un traje de pana, que seguramente fue de esta clase, pues así al usarlo me duraría mucho más tiempo. Llevando al brazo izquierdo una cinta, distintivo del acto.

En años sucesivos para hacer la comunión anual, mi tía encargaba a una señora que acudía a misa todos los días a la iglesia de la parroquia. Mas como para ir a este lugar tenía que pasar por casa, una vez al año la acompañaba y de esta manera no perdí esta misión hasta que cumplí los catorce años, de manera que al no ordenarme este deber yo no ponía interés en hacerlo voluntariamente.

Han pasado dos años. Soy un medio barberillo. Acudo a la escuela los días que el trabajo me lo permite. No puedo faltar tampoco a la estación para llevar y traer las maletas de los viajeros que cada día acuden en mayor cantidad atraídos por el próspero comercio que va creándose lentamente. Como hay dos casas más que también han instalado fonda, existe la competencia y para que los nuevos viajeros no vayan a estas casas, me encomiendan a mí para que invite a los representantes a que se hospeden en la fonda de Luciano Ruiz – pues mi tío nunca quiso dar título a su negocio-. Efectivamente, qué a quien había que invitar que parase en casa de mi tío era a los nuevos viajeros, pues quien hubiese visitado una sola vez la fonda de Luciano era cliente asiduo de ella; además estos hacían muy buena propaganda, y aquellos al descender del tren preguntaban o buscaban quien los dirigiese porque eso sí, mi tía era altanera y a veces con un genio insoportable pero buena cocinera y limpia a carta cabal. De manera que en poco tiempo pudieron hacer grandes progresos económicos que les permitió hacer una nueva construcción.

Esto que refiero seguidamente quizá produzca un poco de tristeza al autor de mis días, pero, él no es desconocedor de estos detalles, espero se haga cargo de ello y sabrá

rehacerse fácilmente. Además de los trabajos que menciono anteriormente, el arreglo de los animales, trabajo en la huerta e infinidad de detalles que en casa de un propietario modesto hay que efectuar, corren casi por entero a mi cargo. Mi tío comienza a gustarle excesivamente el vino – naturalmente – se embriaga; mi tía hace uso de su genio, yo soy el que paga las consecuencias, unas veces de palabra, otras de obra. Apenas si puedo jugar con los chicos de mi edad; en el momento que uno de los dos me ve jugando viene el insulto o el coscorrón. Muchas noches me voy a la cama sin cenar, lo hago muy temprano y con alguna excepción mi tía o Luisa me llevan alguna cosa de comer a la cama. Esto, lo hace mi tía si ha sido mi tío el que me ha reñido y si por el contrario ha sido ella, entonces me quedo sin cenar.

Naturalmente, me figura; que en la correspondencia de mis tutores a mis padres supongo no les darían estos detalles. Recuerdo que yo les decía me iba a casa de mis padres. Ellos me contestaban que me enviarían en un cajón facturado. ¡ Y a esto si que tenía verdadero pánico...! El caso es que yo seguía sufriendo y trabajando desproporcionadamente a mis años y mis conocimientos. A esa edad ¡cómo serían mis afeitados y mis cortes de pelo! ¡ El día que el cabeza de familia se embriagaba todo lo tenía que soportar! ¡Era yo el burro de carga!

En este año, alguien medía distancias en el trozo de huerta que en el lateral de la parte delantera del edificio había, se trataba de dar por ese lado una ampliación a la casita. No pasando mucho tiempo de esto ya vienen carros cargados de piedras y materiales de construcción. Van a comenzar una nueva construcción más espaciosa que la anterior pues la otra ya es insuficiente.

Después de comenzada la obra me dicen que voy a ir al pueblo. Esto me produce cierto gozo, pero me aclaran que es para pasar solamente unos días, que me acompañará Luisa y después regresaremos a Arija.

Emprendemos el viaje por el mismo itinerario que dos años antes había yo hecho acompañado de mi padre. Como Luisa tenía ya 15 años y muy entendida de estas cosas por mi tía que siempre la estaba aleccionando, no había peligro que nos confundiéramos durante el trayecto.

De Arija a Mataporquera no tuvimos ninguna dificultad pues además mi tía que todo lo había previsto se puso al habla con la guardia civil y algún empleado del ferrocarril, para que estos a su vez lo hicieran a sus compañeros de la línea del Norte. Con un poco de barullo y agitación efectuamos el cambio de una estación a otra – distante solamente cien metros – pero como los trenes de mercancías se interponían a nuestro paso, por no haber un lugar libre de ellos había que rodear demasiado lo que originaba mucho retraso, toda vez que el tren procedente de Santander no esperaba los viajeros de la Robla y por esto, era por lo que temíamos nosotros y los demás viajeros el retraso que originaba aquellas dificultades.

Al fin acomodados en el otro tren, les llamó la atención a nuestros compañeros, el que una pareja con tan pocos años hiciesen un viaje tan largo. Preguntábanos si éramos

hermanos, contestando nosotros con toda educación; cuando llegaban las horas de comer lo hacíamos muy suculentemente, pues mi tía nos había provisto de buena vianda.

Al llegar a Valladolid eran la una o las dos de la madrugada del mes de septiembre. Nos esperaban en la estación mi padre y mis dos hermanos mayores y que al no verlos tomamos un coche que nos condujo al Parador de San Ignacio, pues este era el lugar que nos habían dicho de casa para alojarnos y que allí era donde paraba mi familia ordinariamente cuando iban a la capital.

Como es natural pedimos una habitación, donde dormimos hasta ser de día, pensando que si de casa nadie había llegado, buscaríamos el medio de ir al pueblo, aunque coche de línea todavía no circulaba; el posadero nos aclaró que efectivamente se encontraban en la capital.

El motivo de nuestro despertar fue la entrada de ellos en la habitación, pues se habían pasado toda la noche en la estación sin conseguir vernos. Supongo que estos se llevarían gran sorpresa al encontrarnos tranquilamente en nuestras camas, mientras ellos habían pasado la noche preocupados e intranquilos. Después de la hora de comer emprendimos el camino hacia Castrodeza; Luisa hablando cosas de jóvenes con mi hermana – que se conocieron ese día – y yo contando a mi padre y hermano las cosas del delicioso y simpático pueblo donde yo iba haciéndome hombre. Al cabo de cuatro horas de trayecto – unas veces subido al carro y otras a pie – llegamos al pueblo y a distinta casa de donde yo había salido. Mi hermana Felipa tenía más de dos años y era la más pequeña de los siete que hasta entonces vivíamos, mas cuatro que fallecieron sin haberles yo conocido. Los nombres de los que en aquel tiempo mis padres tenían su preocupación eran los siguientes: Guillermo, Desiderio, Severo, Clementino, Lidia, Félix y Felipa; todos nos hemos criado sanos y fuertes excepto Felipa hasta que cumplió diez o doce años. Encontré a mi madre fuerte y sana y emocionada por llegar mucho antes de lo que ella creyó el día de mi partida.

Muchos familiares y gente del pueblo fueron a saludarnos, unos por afecto y otros por curiosidad, ya nos presentaban a Luisa y a mi como buena pareja para una unión. Al cabo de los quince días de estancia en Castrodeza, los cuales fueron de fiesta, regresamos a Arija haciendo sin novedad el viaje.

De nuevo a nuestras anteriores ocupaciones; la casa había avanzado bastante, pues a los pocos meses los obreros montaron el tejado y algo más tarde quedó terminada para continuar el negocio de la fonda con más auge y más comodidades.

La nueva construcción quedó establecida con un magnífico local en la planta baja, en el piso principal, dos comedores con balcón corrido todo lo largo de la fachada, tres habitaciones que daban luz en la parte posterior con hermosa galería cubierta de cristales; en otro piso posterior, tres habitaciones más y una cocina que podíamos llamar de invierno, pues se empleaba para el ahumado de las matanzas. La cocina de la otra casa se dejó para el servicio de lo que se montase en el nuevo gran local. Se hizo desaparecer el pajar construyéndose dos plantas; la primera servicio también para vivienda del local y la

segunda planta para dormitorios; se instalaron un total de veinticuatro camas, que una fonda en un pueblo de esta categoría era un número muy respetable.

En 1922 construyeron la carretera de La Población a Arija que une las comunicaciones con la que por este lugar va de Reinos a Bilbao pasando por el “Escudo”, y esto dio origen a que el contingente de viajeros con automóvil fuese enorme lo que influyó para construir una cochera donde alojar estos vehículos. Se construyó en una parte de la huerta, siendo su entrada al lado de la puerta de la cuadra, con una capacidad de cinco automóviles.

En 1921 dieron comienzo la construcción de las nuevas escuelas por iniciativa también del gran director señor Brachotte, que no consiguió ver de estas nuevas obras mas que la colocación de los primeros cimientos. Pero en 1923 terminaron estas según consta en la fachada. Con la apertura de las nuevas clases prohibieron la asistencia de las mismas a los hijos de los no empleados.

Con motivo del fallecimiento de tan apreciada personalidad acudieron numerosos jefes y altos empleados de la compañía de España y del extranjero. Como fue tan grande la contingencia de automóviles que acudieron... pues en el camino de la Población a Arija existe un pequeño río y que al no haber todavía carretera, por lo tanto no había puente, tuvieron que hacer la retención de las aguas durante unos días y pasar los vehículos por el cauce. Esto influyó en gran parte para ver la necesidad de esta mejora. Al producirse esta desgracia cesaron todos los trabajos de la fábrica exceptuando los hornos. Todos sentimos su muerte, por ser un hombre que había dado el impulso de verdadera importancia a esta industria y al pueblo con beneficios a sus habitantes. Creó la sociedad deportiva, la banda de música, cartillas de ahorro a todos los chicos que asistíamos a la escuela, e inició la instalación de conducción de agua por el terreno que es propiedad de la fábrica instalando algunas fuentes públicas. En fin, fue tan humanitaria su labor que por suscripción popular adquirieron un busto en bronce, colocándolo en calle céntrica, dando a ésta su nombre, testimoniando así el afecto y el agradecimiento de sus grandes desvelos.

Cuando advino la Dictadura Militar a mi tío le nombraron gestor del Ayuntamiento, cuya cabeza residía en Alfoz de Santa Gadea, misión que tenía por objeto investigar diariamente la leche que se vendía, introduciendo un densímetro. Esta obligación que le habían impuesto, la realizaba con entera imparcialidad, pero le originaba algunos disgustos pues como tenía su negocio no encajaba debidamente en las opiniones de sus clientes, mas después de algún tiempo abandonó este puesto. Además mi tía solía recriminarle por el vicio que le caracterizaba, diciéndole que la autoridad debía de comenzar por su casa. También por esa fecha se hizo cargo de la representación de una fábrica de licores, que lo tomó con gran entusiasmo, yendo de pueblo en pueblo ofreciendo sus artículos de bebidas; como es natural este nuevo trabajo le obligaba a alternar y ya era raro el día que no llegase a casa con una buena “moscorra”. Yo había cumplido catorce años, lo que originaba tener más obligaciones y por tanto conocimiento (en la apariencia) completo de las cosas de la profesión, sin abandonar el resto de los quehaceres.

En los primeros meses del año 1924, venía mi tío de la Población de hacer su trabajo de comisionista, ya de noche, pasó por el puente de esta carretera, mas como venía de mala manera, se desvió demasiado y cayó por el muro que forma el puente, muro de tres metros de altura solamente pero lo suficiente para que le produjese la fractura de la tibia derecha. Los obreros que venían al trabajo del turno de la noche le recogieron y le trajeron a casa completamente lleno de barro y borracho. Todos le atendimos, llegó el médico quien le hizo las primeras curas permaneciendo en cama algún tiempo. Días después cuando mi tía y amigos le recriminaban diciéndole el por qué bebía teniéndonos a nosotros como ejemplo, pues a penas mi tía y Luisa lo probaban, y yo, que no conocía su sabor, el contestaba tranquilamente: “que ya que nosotros bebíamos en pequeña cantidad él quería suplir en abundancia nuestro pequeño gasto”.

Con este accidente vieron la necesidad de anunciar en distintos periódicos de provincias, un operario de barbería. No tardó en llegar un joven de Palencia, el cual no satisfizo, permaneciendo en nuestra compañía escasamente un mes. Se repitieron los anuncios, apareciendo a los pocos días otro joven de la provincia de León; no recuerdo el tiempo que estuvo entre nosotros, pero no creo que llegaría a dos años.

Mi madre dio a luz un niño, poniéndole por nombre Eugenio; quien falleció a los pocos meses. Mientras tanto, yo seguía haciendo lo que me encomendaban, jugaba cuando tenía ocasión y a hurtadillas, sin abandonar mis quehaceres. El juego me estaba completamente prohibido y por tal motivo llegaban hasta mí cachetes y patadas a más y mejor. En el mes de octubre de 1926 me enviaron a Castrodeza para ver si me corregía (sinceramente he de manifestar) que fue injustificada esta actitud de mis tíos, lo que sucedía era que no me tenían cariño y les importaba poco que yo perdiese el porvenir que ellos me habían ofrecido.

Me dieron dinero para el viaje y otros gastos, un modesto traje nuevo, además de otras ropas y así llegué a Valladolid en la misma forma que unos años antes lo había hecho en unión de Luisa. Creo que nada de esto dijeron a mis padres y busqué como pude y con ayuda del dueño del hospedaje el lugar donde paraba el coche de línea – pues ya entonces circulaba - para que me trasladase a Castrodeza.

-----

Llegué sin novedad. Como en mi casa nada sabían de mi viaje, nadie me esperaba y tuve que preguntar donde estaba la casa de mi padre, me acompañó un chico, recibíéndome con gran sorpresa mi madre y hermanos, pues mi padre estaba de viaje y que al día siguiente le escribí por indicación de mi madre; no recuerdo el lugar pero seguramente sería a la provincia de León ya que por ser temporada que era estaría al viaje de castañas. Durante mi permanencia en el pueblo no hice más trabajo que ayudar al barbero del pueblo el cual tenía un ayudante con quien me divertía lo que podía. Al cabo de tres meses y con fecha 6 de enero regresé a Arija.

Había gran nevada, esa misma tarde repartieron premios a los niños que asistían a la escuela, consistentes en juguetes, ropas y dulces.

No recuerdo que pasaría, el caso es que hubo un cambio de vida bastante favorable para mí, pues todas las propinas que recaudaba en la barbería y las que me daban los viajantes pasaban íntegramente a mi poder, pues en años anteriores las primeras se las entregaba a mi tía semanalmente y las segundas en el momento.

Poco tiempo después dejé de acudir a la estación y me eximieron de efectuar algunos trabajos caseros, de manera que mi misión era más limitada y de menos confianza familiar, por cuyo motivo encargaron a otro joven para estos trabajos; además vino de una aldea otra sirvienta joven a quien despidieron por causa de que yo la cortejaba, e inmediatamente llegó una señora de edad.

De todas formas ya comenzaba a alternar con los amigos yendo al baile y al café. El amigo íntimo se llamaba José Pueyo, era de mi edad e hijo de un hojalatero bilbaíno, que después de varios años de estar trabajando en la fábrica decidió traer la familia a su lado.

Juntos nos hicimos amigos de otras dos chicas llamándonos novios. Estas jóvenes vivían en el primitivo pueblo sucediéndonos algunas anécdotas como esta: en casi todas las aldeas, los mozos suelen perseguir de manera violenta a otros que pretendan conquistar a las mozas de su pueblo, al objeto de hacerles pagar la “cantarada” y a nosotros nos ocurrió varias veces que después de terminar nuestro cortejo dominguero, al dirigirnos a casa, estos nos tiraban piedras acompañadas de grandes voces e insultos así es que teníamos que correr de lo lindo para no ser alcanzados. Pero al poco tiempo y convenciéndose los mozos que insistíamos en nuestros amores no volvieron a molestarnos. Estos fueron mis primeros amores y con quien los contraje se llamó Teresa Ruiz.

En los primeros meses de este año, llegó un nuevo oficial de Valladolid, persona seria que me capacitó lo suficiente en la profesión – de lo que mi tío nunca se había preocupado -; este buen amigo y compañero fue quien les indicó a mis tíos que me preparasen para hacerme Practicante, de manera que en el mes de abril también mi tía habló con don Ismael para que me diese lecciones nocturnas al objeto de prepararme en cultura general para hacer el ingreso en el Instituto de Valladolid en el mes de junio. Efectivamente, este señor me preparaba convenientemente todos los días por espacio de una hora después de terminar yo el trabajo; hasta que en los primeros días de junio

recibimos un telegrama de Valladolid, enviado por este amigo – que nuevamente había regresado a dicha capital – anunciándonos que habían dado comienzo los exámenes en dicho centro.

Aquel mismo día tomé el tren con dirección a la ciudad del Pisuerga y de madrugada como en viajes anteriores llegué a esta capital. Me hice conducir por un coche a la calle del Ferrocarril, pues este era el domicilio del compañero de quien hablo.

Al día siguiente me dirigí a aquel centro de enseñanza a donde extraje la matrícula correspondiente y enterarme el día que llegaría el turno de exámenes. Este se celebró a los tres días, siendo el resultado favorable, con calificación de admitido. El mismo día del examen tomé una bicicleta de alquiler para desplazarme al pueblo y saludar a mi querida familia, mi llegada les sorprendió, les expliqué el motivo y después de unas horas al lado de ellos me acompañó mi padre hasta la salida del tren, cuyo viaje lo efectué con absoluta normalidad, siendo muy bien recibido por mis tíos que quizá este recibimiento fue motivado por el éxito obtenido. Como disponía de algunos ahorros, mi tía me ofreció dinero para este viaje, negándome a recibir tal ofrecimiento. Con esta transformación económica que tenía encontré un gran beneficio, pues mis tíos creyeron al dejarme libre para poder gastar el dinero que yo quisiera, que me haría un golfo e inmoral; había cumplido diecisiete años creyendo ellos que a esta edad se hace todo sin control, pero cada vez conseguía tener más dinero ahorrado sin dejar de alternar con los amigos y comprar alguna cosa para mi atendimiento personal. Este demuestra que sin hacer mal papel en la vida se puede dar un mentís a quien pretenda vigilar a una persona para comprobar su capacidad de organización. Mis tíos se confundieron y yo les demostré a los pocos meses que sin haber tenido una preparación educativa podía desenvolverme sin la ayuda de ellos ni el control de nadie.

Pues a fines de agosto de 1927 mi tío dio el traspaso de la barbería a un joven de Santander, por lo tanto yo, desde ese momento, pasé a ser un medio obrero sin sueldo ni beneficio. A pesar del cambio de dueño del local yo seguía comiendo en casa de mi tío durante el primer mes, al dar comienzo el segundo, pasé a comer en casa del patrono, siendo mucho peor en calidad y cantidad que en casa de mi tío, pues casi todas las tardes mi tía me llamaba para merendar, lo que hacía casi a la fuerza; al finalizar este mes no sé por qué causa preparo viaje a Valladolid con el exclusivo objeto de trabajar en esta capital, pero, sin previamente, haberme preparado algún amigo o persona que pudiera guiarme en mis primeros pasos en una ciudad que para mi era totalmente desconocida su vida interior. De esta forma llegué a esta ciudad en los primeros días de septiembre, y como en viajes anteriores en las primeras horas de la madrugada, que inmediatamente me dirijo en casa de mi antiguo amigo llamado Eugenio Herrera, donde pasé la noche y varios días siguientes y con su ayuda me coloqué en una barbería muy mala por todos los conceptos, pero como no había otra vacantes tuve que resignarme y aguantar. En esta casa ganaba 30 pesetas mensuales y la comida, pero esta era tan desastrosa que gracias a una buena porción de dinero que traje de Arija podía comer otra cosa además de lo que en casa de mi patrono condimentaban. Rápidamente me hice algunos amigos entre ellos uno de la misma profesión llamado Sebastián Gutiérrez, que desde entonces lo hemos sido siempre, adquiriendo gran amistad en casa de su madre viuda hacía muchos años y

naturales de Villadefrades, y que a esta señora guardo gran respeto puesto que me ha aconsejado como buena madre y a quien en estos días tengo sentido recuerdo.

Tres meses solamente permanecí empleado por lo que me marché al pueblo no sin antes haber pasado por la Casa del Pueblo para inscribirme como afiliado a la Sociedad de Obreros Peluqueros y que en caso de alguna reclamación patronal es donde en este centro únicamente podía hacerlo. Así sucedió con este mi primer patrono que le presenté reclamación en los Comités Paritarios reportándome el beneficio de una semana de sueldo sin trabajar por despido injustificado.

En casa permanecí solamente cinco días, pues al cabo de ellos nos enteramos que en el pueblo de Mucientes había nueva vacante. Mi padre aprovechó el viaje para llevar algunas aceitunas y dos días más tarde salió con dirección a Castrodeza, quedándome como oficial de la barbería que el practicante de ese pueblo poseía.

El convenio consistió en que yo percibiría por mi trabajo 25 pesetas al mes y la manutención. La tienda estaba instalada en una casa que había alquilado y que atendía una familia obrera; atendiéndonos también a nosotros, pues mi nuevo patrono era soltero.

Una de las preocupaciones que tuve fue adquirir la matrícula del curso correspondiente para la continuación de mis estudios y eran estos dos días en semana, la asistencia a clase, que se efectuaban en la Facultad de Medicina. A tal efecto, y como los estudios eran por el plan oficial tenía que acudir a clase los días señalados por ser más fácil el examen de fin de curso. Los primeros días acudía a clase en el coche de línea, pero suponía mucho gasto entre el viaje y la permanencia en la capital, pues tenía que esperar hasta la tarde el regreso del coche. Por este motivo escribí a Arija para que me enviasen unas trescientas pesetas que tenía de mi propiedad en la libreta de ahorros, de los tiempos en que yo asistía a la escuela de aquel pueblo, que continuaba imponiendo yo alguna cantidad, hasta que salí de allí. Con esta cantidad adquirí una bicicleta con la que en lo sucesivo hacía los viajes a la capital. Mi permanencia en Mucientes fue solamente diez meses que aunque no encontré muchos beneficios económicos me sirvieron para darme cuenta de las dificultades que tiene el escabroso camino de la vida.

Mucientes, es un pueblo de cerca de cuatro mil habitantes, rico en cereales y excelente vino, con magníficas bodegas. La riqueza está repartida en un pequeño número de vecinos, caso raro en esta provincia que en general existe muy repartida su producción agrícola. Sus habitantes me trataban con verdadera simpatía, pues además una familia de herreros establecida allí es pariente de mi padre y por mediación de sus hijos tomé buenas amistades entre el vecindario. Como es natural y dad mi edad, hago amores con una muchacha de familia humilde llamada Isidoro San José cuyas relaciones se prolongaron durante tres años.

Mi permanencia en este pueblo fue muy buena y agradable, pues el trato con todas las clases sociales era continuo por lo que de todos soy agasajado. Las fiestas grandes se celebran todos los años en los primeros días de febrero, por cierto que son lucidas y muy divertidas, tres salones de baile, en los que los socios les componían de otras tantas clases

sociales donde yo alternaba sin inconveniente alguno. Seguidamente vinieron las fiestas de carnaval con animados bailes de máscaras, que se prolongaban hasta las cinco de la madrugada y como final gran “chocolatada” en casa de alguna joven agraciada. En estos festivales no faltaban enormes hogueras en todo el pueblo, organizados por las “cuadrillas” de mozos acompañados de sendas botas de vino.

El 5 de abril de 19128, recibo carta de Luisa comunicándome que tío Luciano había fallecido el día 28 del mes anterior. Noticia que recibí con mucha tristeza, por el cariño que le profesaba a pesar de haberme hecho pasar tantos disgustos, pero no obstante, mi tío era más sentimental y poseía dotes familiares más amplias que mi tía. Rápidamente escribo a mi padre anunciándole la triste nueva y diciéndole que tres días más tarde saldré con dirección a Arija al objeto de pasar unos días al lado de mi tía, para que pase su tristeza un tanto más mitigada dentro de la desgracia tenida.

Coincidimos mi padre y yo en Valladolid y juntos emprendimos el viaje a Arija. Encontramos a mi tía y a Luisa rigurosamente enlutadas, lo que me consternó tan profundamente, que sin darme exacta cuenta de la desgracia habida, lo que me produjo más sentimiento fue el atavío negro que mi tía llevaba. Visité en unión de Luisa la tumba de mi tío. ¡Me contaba la gente conocida!... que había sido una verdadera manifestación de duelo; no me extrañó pues contaba en el pueblo y en su comarca con numerosas simpatías. Mi padre regresó a los cuatro días y durante estos se presentó tía Sergia hermana de mi padre y tía, quien permaneció buena temporada a su lado. Yo deje después de diez días aquel lugar después de estar algo más tranquilas las dos mujeres que habían de continuar regentando el negocio de la fonda.

Al cabo de los diez meses me cansé en mi estancia y nuevamente busco colocación en la capital, lo que no tardé en conseguir con ayuda de los compañeros de la organización.

Me despedí de la gente del pueblo con sentimiento para algunos y tristeza para mi Isidoro, quien me promete que pronto me seguirá para trabajar como doméstica pues desea estar siempre a mi lado por el sincero cariño que me profesa. Como es natural la hago ver las dificultades que esto tiene principalmente por ser una muchacha excesivamente joven; no obstante cumplió a los pocos días su ofrecimiento.

Ante esta decisión sigo teniendo idénticas relaciones durante dos años más; hasta que un día – por causas que no son del caso enumerar – dimos por finalizados nuestros amores.

Cuatro meses permanecí con mi nuevo patrono para colocarme en otra casa con ventajosas condiciones económicas. Desde este momento vivo en pupilaje en una casa de comidas que me atienden bastante bien, pero, considero será mejor en una casa particular. Me pongo al habla en cuanto a condiciones se refiere, con la madre de un amigo, Vicente Gago, familia compuesta por el matrimonio dos hijos pequeños y este que igualábamos en edad. Tratamos esta cuestión y acordamos que había de pagara 3,75 pesetas diarias incluyendo toda atención que yo necesitase. Era un precio económico, pues aunque en la mesa no había lujo, la comida estaba bien condimentada y abundante. Tenía el matrimonio instalada una cantina la cual la atendía la señora Felisa pues el señor

Constantino trabajaba en un almacén de vinos de lo que era buen catador. Este fue el hospedaje que tuve hasta el 19 de julio de 1936; día en que con motivo de la situación política de España parte de sus habitantes se alzaron en armas contra la República, por lo que fui detenido.

Mi nueva colocación me hace vivir holgadamente; pues obtengo beneficios que alcanzan alrededor de 300 pesetas mensuales, que, sin ser muy elevado y con arreglo a la vida de aquel tiempo podía un ciudadano permitirse algunos caprichos sin olvidar las cosas elementales; este sueldo es origen del Contrato de Trabajo que de acuerdo patronos y obreros habían confeccionado.

En junio de 1929 finalizo el segundo curso de los estudios de Practicante. Ahora ya no falta mas que mi tía cumpla el ofrecimiento que me tiene dado, abonarme el coste del Título Profesional. Oportunamente la anuncio este resultado, haciendo caso omiso de ello.

Unos meses más tarde mi tía hace un viaje a Valladolid. A su llegada a la estación me pasa recado por un empleado – quien de casualidad me conocía. Me presento a ella, la pregunto el objeto de su viaje el cual – dice – es motivado para hacer compras, pues Luisa se va a casar y quiere hacerle el correspondiente regalo.

Solamente permaneció un día y mientras tanto recorrimos varios comercios, entre ellos algunos almacenes de muebles, no llegando a realizar ninguna compra de estos artículos. Como estaba tan próxima a Castrodeza la invité para que visitase a la familia, pero como siempre ha tenido tan poco cariño a todos nosotros me contestó que no iría y que además no dijese nada de su viaje a mi padre hasta que no pasasen unos días. Me compró unas mudas interiores y algunos pares de calcetines.

El acto de no querer ver a los seres queridos después de tantos y tantos años que no visitaba Castrodeza, empecé a comprender el dominio y orgullo que mi tía poseía. Por esta razón me trató en mis años infantiles tan despiadadamente. Este mismo año se casó Luisa, comunicándome su enlace por medio de una carta que recibí el día anterior. Se casaba con don Manuel Díaz, Ingeniero químico de la fábrica persona muy seria y con grandes simpatías entre la clase trabajadora.

En dicha carta me decía que el enlace se celebraría en Reinosa e inmediatamente después saldrían con dirección de Madrid, Jerez (de donde el esposo es natural) y otras ciudades. Calculando la hora de paso por Valladolid salí al tren que les había de conducir y que efectivamente pensé y sucedió. Les vi en un departamento, subí, mas... ¡cómo no había yo de besar a Luisa!

Esta un poco asustada, rehusaba este afecto, quizá por orgullo, quizá por creer que a su marido no le gustaría. Lejos de esto estaba mi pensamiento. Entonces estreché la mano al nuevo esposo, conversamos unos minutos más y el tren siguió su camino.

Con motivo de la fiesta de Arijá del mes de julio acudí a ella pidiendo unos días de permiso. Compré un modesto regalo para el nuevo matrimonio y alguna cosa más para mi hermana Lidia y para mi tía algo que representaba un adorno para la casa. Mi viaje a Arijá por primera vez después del fallecimiento de mi tío destaca entre nuestras amistades como la persona indicada que pudiera suplir la dirección o propiedad de aquel negocio. Pero mi tía que es más egoísta y más orgullosa cada vez, se resiste a ello, además que Luisa está iniciándose con este carácter, yo como soy excesivamente joven y no comprendo la vida no hago ninguna manifestación y regreso a Valladolid; no sin antes recordar a mi tía que me había ofrecido el título de mis modestos estudios.

Se niega, y alega para ello, que yo puedo hacer ahorros, que como todo lo que gano lo gasto en juegos, que ella, no me ayuda en nada por este motivo. Como es natural, la hago las oportunas aclaraciones diciéndola, lo que ganaba, demostrándole que con un sueldo como éste no se pueden hacer excesos de la índole que ella me los presentaba; indudablemente me divertía a mi modo, sin exageraciones ni abusos para nadie, ni para mi bolsillo. ¿Qué juergas podía yo realizar con 60 o 70 pesetas de sueldo semanales? Pues mi tía tenía este concepto de mí, infundado claro está. ¿Quién no se ha divertido a los 19 años? Se puede comprobar que en mi vida no he dejado de abonar una sola semana el pupilaje, ni tampoco me han hecho un traje que al finalizar su confección no haya abonado su importe. Así me comportaba en esa fecha; lo mismo me comportaba varios años más tarde teniendo más experiencia de la vida.

Al fin y al cabo, este criterio no me produce de tipo moral ningún efecto puesto que mi padre conoce perfectamente mi manera de proceder y sabe por mí todos los manejos de ella.

Así transcurre un año más. Alternando con mis trabajos de peluquero, acudo algunos días a prácticas al Hospital Provincial, por mediación de un amigo estudiante, este me proporciona algunos trabajos de inyecciones en casa de amigos y yo por mi parte hago lo que puedo, pero lo más interesante es el título para trabajar libremente, esto no puedo realizarlo sin ser miembro del Colegio Provincial de Practicantes y aquí no se puede ingresar sin el título correspondiente.

Llega el mes de julio, y hago nuevo viaje a Arijá. Mi tía sigue inflexible en mis tentativas anteriores. En nombre de mi padre la propongo que nos ceda en traspaso la fonda, a pagar en las condiciones que ella crea conveniente; como si fuésemos gentes desconocidas; pero, no cede a nuestras propuestas porque piensa que no la vamos a pagar.

Varios años seguidos y algunos mi padre, personalmente la hacemos las mismas peticiones, nunca quiere nada en negocios que trate con la familia. En cambio mi hermana va padeciendo los mismos tratos que tuve yo, pero no con la tía solamente sino que interviene Luisa, con más interés después de casada. Lidia me escribe varias veces lamentándose de este trato, lo que compruebo de una manera favorable para ella ya que trabaja todo lo que puede sin encontrar la debida remuneración.

Hay algunos movimientos políticos, principalmente organizados por los estudiantes. En el mes de diciembre se produce un movimiento militar en favor de la República, por lo cual son pasados por las armas dos capitanes: Galán y García Hernández.

Observo que mi padre toma más auge en su negocio de aceitunas, castañas, cereales y frutas.

Al comenzar el año 1931, el Gobierno que dirigía España convoca a elecciones municipales, fijadas para el 12 de abril de este año, saliendo triunfantes las candidaturas republicanas y el día 14 del mismo mes se instaura el Régimen Republicano, pacíficamente por lo que al Mundo asombra.

El 15 de febrero es día de quintas y aniversario de mi cumpleaños. Desde este día el alcalde me llamó mozo, cumplo esta obligación de ciudadano en el pueblo pues mi familia lo prefirió así y así lo llevé a efecto. En el año y día mencionados coincidieron tres fiestas, todas importantes: 21 años que yo cumplía, talla y reconocimiento de reclutas y primer día de Carnaval. Como esperaba que en el pueblo hubiese buen día de festejos invité a Vicente, Sebastián y su hermano para que pasasen el día en mi compañía. Así lo hicieron y muy de madrugada salimos con dirección a Castrodeza en el carro que previamente había traído mi hermano Desiderio. Llegamos sin novedad, cerca de las cinco de la madrugada preparándonos mi querida madre unas suculentas sopas de ajo para reaccionar y calentar nuestro organismo.

El día fue magnífico, de diversión, bailes, comida y bebida; no hubo el más leve altercado, compartiendo en todo momento los forasteros con los mozos del pueblo. Mis amigos permanecieron hasta el día siguiente; yo continué dos días más aprovechando las fiestas de esos días.

Nuevamente estuve en el pueblo el 8 de mayo: San Miguel: fiesta grande de Castrodeza! ¡bien me divertí! Si mucho me había divertido el día de quintos, quizá me divertí más en esta fiesta. Mi madre en cambio estaba consternada y llorosa; era motivado porque al llegar el nuevo régimen la pequeña hacienda que poseían pasaría a otras manos. ¡Cuántas cosas han sucedido desde entonces! Y cuanta confusión de criterios dio el entusiasmo de unos y el temor de otros.

Los domingos acompañado de algunos amigos visito el Valladolid artístico. Colegio de San Gregorio, Academia de Caballería, Casa de Cervantes, Portada de San Pablo, Casa donde nació Felipe II; y otros como la Iglesia de la Antigua y la Catedral. En todos recibíamos explicaciones y detalles por personal competente que hacían más amenas y educativas estas visitas. También conozco los centros de Beneficencia llevando algunas cosas de entretenimiento adecuadas para cada lugar. El Archivo de Simancas tan mencionado en todo el mundo, por guardarse toda la Historia de España.

La Portada de San Pablo del Convento del mismo nombre es de los más destacado de Valladolid en cuestiones artísticas.

Poca trascendencia tiene para mí el año de 1932; mi vida transcurre monótona circunscrita a las pequeñas actividades que origina el ser directivo del sindicato de obreros peluqueros, pero la final de este año se aprecia un descenso de trabajo tan grande, que busco la forma de solucionar mi vida particular, crisis que dificulta en algunos aspectos el funcionamiento de la nación.

Ya, en 1933 continúa la escasez de trabajo tiempo hacía que pretendía solucionar esta cuestión por lo que a mí respecta, pero era tan difícil... que la nochevieja decidí (un tanto aventurado desde luego) emprender nueva colocación. Después de comer las clásicas uvas en unión de los amigos, ellos se encaminaron a ciertos lugares, yo como estaba obsesionado fui a casa, preparé una pequeña vianda... y a la estación. Dinero no llevaba, por lo tanto me introduje en un coche sin el correspondiente billete, al aparecer el revisor me dirigí hacia el retrete y allí permanecí cerrado por el interior hasta que los viajeros que tenían necesidades avisaron a los empleados del convoy, al fin salgo me piden billete y como no lo poseía digo que no tengo dinero pero que me dirijo en busca de trabajo a Madrid y por lo tanto deseo llegar; me hacen descender en Medina del Campo y subo de nuevo al arrancar el tren y ya el revisor aunque me vio nada me dijo. Así continúo hasta cerca de Escorial donde otra vez viene a la carga... ¡aquí sí va de versa...! Me pide documentación, le presento buena y abundante, como es primer día de año no quiero comenzar haciendo perjuicios a nadie – agrego – si tengo familiares o amigos en aquel pueblo, le contesto afirmativamente y me hace descender del tren y dirigirme a unos ómnibus que hacían el recorrido de Escorial a la estación. Uno de estos empleados me llama, hablamos y muy atentamente me dice que iré a su casa hasta que termine el servicio para después acompañarme donde mis amigos. Eran estos un matrimonio de dos hijos que en tiempos vivieron en Arijá y que después de haber salido yo de allí ellos también lo hicieron; pero en uno de los viajes a este pueblo coincidimos uno de ellos Antonio Cebrián, así que por esta razón sabía que estos residían en Escorial.

Muy atentos me recibieron todos, pero llegué a su casa en unión del empleado en el crítico momento que los dos esposos tenían un altercado fenomenal, rápidamente se callaron, más tarde pude enterarme de aquel disgusto. El marido tenía alguna amiguita que a la señora no le satisfacía y parece ser que por este motivo reñían con frecuencia. Toda la mañana fui acompañado por este amigo, comimos en una fonda, pues los días que había altercado así lo hacían; mientras tanto jugamos al billar, tomamos unos aperitivos y durante la conversación me hicieron ver los muchos motivos que había para que desistiese de mis propósitos. Al fin me convencí de sus razones y decidimos que en el tren de la tarde regresaría al punto de partida. Visité parte de las grandes obras que encierra el Monasterio lamentando no saborear con detenimiento todo su arte por ser día de fiesta; pero pude apreciar la grandiosidad de su construcción así como sus maravillosas obras de arte.

Después de la comida y pasar buen rato en el café dicho amigo me acompañó a la estación entregándome dinero para el billete y otros gastos.

Cuando regresé a casa no creían que hubiese realizado este viaje, pero después de darles detalles creyeron mi relato. Ante mi desaparición tomaron las precauciones debidas

preguntando en los centros de policía por si sabían de mi paradero; todos los amigos se interesaron por mi desaparición.

Desde este momento me coloqué en una nueva casa donde únicamente gano lo imprescindible para el pago del hospedaje. Mi permanencia en esta casa es lo suficiente hasta que encuentro otro lugar de trabajo. Durante este corto tiempo y como el ingreso era tan exiguo me impedía de todo punto alternar con los compañeros y amigos. Así que una vez más mi condición de hombre honrado hace que en todo momento sepa atenerme a las diferentes etapas económicas de mi vida, dando de esta forma una vez más, demostración a todas las personas que tratan, de ser hombre serio y consecuente en todos mis actos, que a pesar de seguir sin el control directo de la familia siempre me comporto dignamente.

El nuevo patrón es soltero. Vive acompañado de su madre, quienes me tratan con toda clase de atenciones. A los pocos meses contrae matrimonio en contra de la voluntad de su madre, pues esta señora muchas veces me había presagiado que la felicidad del matrimonio sería muy corta.

Me invitaron para ser padrino de boda, a lo que en principio me negué, porque seguramente influenciado o quizá convencido de lo que la madre del novio me anunció, no estaba conforme con adquirir este compromiso. Pero como mi patrono hizo algunas gestiones entre sus amigos para este acto y nadie aceptó; yo al fin accedí, convencido ya, que aquel matrimonio sería un verdadero fracaso. Sobrevino más tirantez entre suegra y nuera porque al regreso del corto viaje de novios los dos declaran que dentro de breves meses tendrán un “rorro”. Efectivamente, antes de lo que podía pensarse ella da a luz una niña con el consiguiente disgusto de la suegra que atiende y cuida a la nuera por puro compromiso. También esta vez me toca trabajar como interno, mas después del enlace el trato para conmigo es muy inferior, teniendo que llamar a mi patrono varias veces la atención sobre este particular. Indudablemente, yo hago comprender a esta señora esta cuestión, lo que produce algunos disgustos entre ambos.

Como adquirí el compromiso de la boda, tuve que cumplir el del bautizo; lo que se efectuó familiarmente y los gastos corrieron a cargo del matrimonio.

Durante el verano de este año mi acostumbrado viaje a Arijá en visita a mi tía y mi hermana Lidia que vive en este pueblo desde unos meses después del fallecimiento de mi tío.

Aprovecho este viaje para conocer la gran ciudad del Nervión, y al mismo tiempo saludar a mi antiguo amigo José Pueyo, que trabaja en dicha capital. Dos días permanecí en Bilbao. Tiempo suficiente para visitar un poco de prisa los pueblos de su famosa Ría y superficialmente apreciar su poder industrial. Como regalo para mi ahijado adquirí unas telas de vestiditos que a la madre le agradaron mucho.

De <http://www.arija.org>

Regresé de nuevo a Arija y encontré a mi tía de mal humor, pues ella no quería que hubiese efectuado aquel viaje porque suponía gastos inútiles, yo así lo reconocía, pero, ¿quién evita una tentación? No obstante la hice algunas objeciones que la tranquilizaron.

Mi vuelta a Valladolid la aproveché para romper ciertas relaciones que tenía desde hacía algún tiempo con una chica, pues, me había cansado de ella y además no era lo suficiente seria para pensar en unirse para toda la vida.

Como más arriba indico los tratos con la esposa del patrono no eran muy tranquilos. Y como después de mi viaje la cosa continuaba igual y ya en febrero de 1934 contrae matrimonio mi hermana Guillermo, acudí a la boda, lo que aproveché para anunciar al patrono que no volvería. De manera que pasé los carnavales, transcurrió más de un mes, por cuyo motivo nos reunimos toda la familia lo que aconteció rarísimas veces.

-----

Un mes más tarde, los compañeros de organización avisan a Castrodeza anunciándome regrese a la capital, pues voy colocado en casa de Pascual Pérez, familia muy católica, humanitaria y caritativa.

En los primeros días de marzo, se celebra un mitin derechista en el teatro Calderón; a la salida del público se producen disturbios, resultando muerto un joven. En julio se declara una huelga general de obreros del campo, y a mediados de septiembre fallece el dueño de la tienda, después de larga y penosa enfermedad. Con la desgracia habida, demuestro a esta familia mis sentimientos, acompañándoles horas y horas en el dolor moral que una enfermedad tan prolongada produce a los seres queridos. Ellos por su parte me demostraron el aprecio, pues en octubre con motivo de la huelga que explotó en toda España tuve la desgracia de ser detenido pasándome inmediatamente recado para que no tuviera preocupación, pues me guardaría el puesto cuanto fuera necesario.

Nuevamente sigo en la misma peluquería y también efectúo algún trabajo de practicante. Recibo noticias de Lidia, se queja mucho del comportamiento de la tía, la riñe y la maltrata sin miramiento. Mi único deseo es que ella tenga paciencia, por ver si entre todos conseguimos que mi tía ceda a nuestras continuas peticiones de traspaso, para de esta manera proporcionarla un porvenir seguro y que no tenga que volver al pueblo para ser una burra de carga.

El movimiento del que hablo tuvo enorme trascendencia, pues en la región asturiana se prolongó más de veinte días. Con este motivo se produce un cambio político pasando a ocupar el poder los partidos de derechas. Esto, motivó la clausura de las Casas del Pueblo, pero las sociedades obreras continuaron su funcionamiento por medio de Comisiones Gestoras nombradas por los Gobernadores Civiles. Por esta circunstancia yo tenía no tenía ninguna actividad.

En el presente año no efectúo el cotidiano viaje a Arijá. Pero en julio de 1935 acudo nuevamente a las fiestas, me dicen que dos meses antes habían sucedido luctuosos sucesos, habiendo encontrado la muerte el alcalde; persona muy querida y apreciada por la mayoría de los habitantes. Tampoco en este viaje consigo nada de la tía, por lo cual y en vista del comportamiento sobre mi hermana, mi padre hace varios viajes en distintos tiempos desde que Lidia me comunicaba su situación, pues yo estaba en la obligación de ponerle al corriente en cuanto a ella sucedía ya que yo estaba enterado prácticamente del trato “familiar” que en aquella casa se recibía.

El 16 de febrero de 1936, se celebran nuevas elecciones generales consiguiendo el triunfo las candidaturas del Frente Popular ocupando nuevamente el poder las izquierdas, decretando una amplia amnistía para los presos políticos.

Nada destacado sucede, en cuanto a mí se refiere hasta el 12 de julio que fui a Castrodeza acompañando a los representantes de un garaje de automóviles para que estos presentasen a mi padre y hermanos catálogo y condiciones de adquisición de un camión, con la condición de regresar al domingo siguiente para la firma del contrato de compra de este

De <http://www.arja.org>

vehículo. Me despedí de mis padres y hermanos para unos días solamente, sin pensar lo que habría de suceder.

Desde la celebración de las elecciones y quizá por la liberalidad del gobierno, surgen huelgas y alteraciones por parte de izquierdistas y derechistas lo que culmina el 18 de julio en un Movimiento Militar por lo que fui detenido, sin haber tomado parte en actos delictivos en contra del movimiento que la noche anterior se desarrolló.

-----

De <http://www.arja.org>

Ya en la cárcel, espero resignado y tranquilo el momento de poder abrazar a mis seres queridos. Digo resignado y tranquilo, porque mi condición es sana y justa y no siento remordimientos por ninguno de los actos de mis actividades políticas que haya efectuado.

¡Triste experiencia pero experiencia de un valor incalculable! ¡Crisol donde se forjan las ilusiones!

Prisión Central de Burgos, Enero de 1946.